

## LA PINTURA ACABADA DE RAMIRO TAPIA

En la historia de la cultura, fiel reflejo de la historia de la humanidad, nada ha acontecido por azar. Cada época es hija de precedentes que la fundamentan y explican. Y en las artes plásticas, lo que parece ya definitivo es solo un hito consecuente, que prepara el romper de lo que sigue. Eso ha ocurrido con la obra que hoy cuelga Ramiro Tapia en Artis, la galería decana de nuestra ciudad. Lo que allí nos brinda, tan ahormado y perfecto, es -como dice Carmen Navarro en su díptico- el "después" lógico de las etapas del *realismo mágico*, de las *figuraciones fantásticas*, de las *metamorfosis* y de las *arquitecturas imposibles*. Es aleccionador cómo ya en estas últimas hace saltar la frialdad monocromática de Escher en un chisporroteo patente en sus cuadros actuales.

En el mundo de la pintura, tras unos pocos milenios de avatares, se han sucedido en nuestra era dos modos de hacer diferentes. De ellos, los innovadores de la pasada centuria, han abocado en la reivindicación de la libertad. Y así, a la pintura **formal** clásica que, en la línea de la mimesis de Platón, reproduce imágenes configuradas (**figuras**) como referentes copiados del mundo **real**, siguieron los modos **informales** del siglo XX cuajados al fin en una **abstracción** impactante que prescinde de referentes entendibles. A caballo entre figuración y abstracción, la pintura de Ramiro Tapia, apabulla por su grandiosa singularidad. Y ahí está el *quid*. El intentar aclarar ese *quid* en unas pocas líneas hace que el tópico reto esté en éstas lleno de sentido. Porque es prácticamente imposible lograrlo manejando un lenguaje inteligible. Vereis por qué. Es la de Ramiro una pintura **signica** (ya empezamos...) en cuanto a que se vale de *signos*, elementos que junto con los *símbolos* y los *iconos* representan las claves de la **semiología**. Y la semiología es la ciencia de los lenguajes. Incluido el lenguaje de la propia pintura. Los que ésto leen, lo entienden sin problema porque conocen los códigos del castellano escrito. No lo entendería un chino de la calle. Por eso no pueden entender hasta sus últimos extremos la pintura de nuestro amigo quienes desconozcan la rica simbología de su mundo fantasmagórico. Él, se rebela ante este hecho que le trasciende; y reacciona encerrándose en su torre de marfil que sospecho es un mágico *sancta sanctorum* al que no tienen (no tenemos) acceso ni siquiera los que, entendiéndole, estamos más cerca de sus vivencias. Allí crea, atrapado en una espiral expandente, y nos ofrece, de vez en vez, extrovertiéndolas, las maravillas de un arte que resplandece en la cima del prestigio internacional. Su *curriculum* es impresionante. Por eso sus obras se cotizan tanto. Aunque no más que la justa medida de lo que valen.

Una de las características en las que se fundamente la singularidad de las obras de Ramiro Tapia es la de que basta echarles una ojeada para entender que son, por su técnica, composición, equilibrio y efecto, decididamente suyas. No podrían ser de otro. Ocurre lo que con las del Picasso maduro o las del Miró eureka que encontró su lenguaje. Son lo que en términos de erudición se diría **pictognomónicas**. [Lo gnomónico en semiología es lo inequívocamente delator. Como lo son las huellas dactilares, el timbre que permite identificar al teléfono una voz inconfundible o el olor único que deja tras sí la persona con la que convives]

Pero lo verdaderamente atrayente de la pintura de Ramiro Tapia radica en una conjunción de hondura, sensibilidad, fuerza y medida que, con independencia de que se entiendan o no las claves de su lenguaje signico, su realidad acabada se insinúa como una sutil invitación a la delicia de deleitarse con ella.

LUIS SANTOS GUTIÉRREZ